

LO QUE NO NOS DIJIMOS

-¿A dónde vamos, Mará? - decía jadeando. Ella corría muy rápido. La arena estaba húmeda y nuestros pasos hacían huellas en ella. El mar, en calma, apenas rompía el silencio con olas de blanca espuma que morían en la costa y una brisa suave removía nuestro pelo al correr. Era una noche tibia, como otra cualquiera a finales de agosto. Aunque, para mí, no.

-Espera, espera. Ahora verás - Mará apenas jadeaba. Se notaba que era buena en atletismo. Incluso se reía emocionada. Adoraba ese sonido. Nunca me han gustado las sorpresas...

-Calla, Adrián, no me chafes el momento - una blanca sonrisa aparecía en su boca. Creo que cualquier modelo hubiera sentido envidia de esa sonrisa.

Tan natural, tan espontánea y tan sincera-. Quiero ver tu cara cuando lo veas.

- Sí, y yo...

A lo lejos se podían ver las luces del embarcadero. Y todo estaba extrañamente en silencio. Extrañamente porque el pueblo era un sitio precioso, y perfecto para ir de vacaciones. Quizás fuera el inconveniente de que estaba aislado por las montañas. La propia gente del pueblo, por aquellas fechas, ya se había marchado de vacaciones. El pueblo estaba en silencio, como vacío.

28 de Agosto, mi cumpleaños. Mis padres en la ciudad, trabajando. Mi hermana mayor, disfrutando de la sorpresa que le había hecho el novio con un viaje a Roma. Y yo aquí, aunque no me quejo. Este sitio sería de ensueño para cualquiera. Además no era nada nuevo, apenas veo a mis padres desde pequeño. Siempre le han otorgado una excesiva importancia a su trabajo. Tanto, que se largaron y me dejaron con mi abuela, a mí y a mi hermana. Luego mi abuela murió y mi hermana vio ese momento para largarse del pueblo. Me quedé entonces con mi tía. Aunque no exactamente fue así; ella se pasaba a menudo por



mi casa a ver qué tal me iba, por lo demás vivía solo. Pero ahora no estoy solo, tengo la mejor compañía que pueda imaginar. La tengo a ella.



-¿Ves? Ya hemos llegado - resoplaba, mientras se apartaba el pelo de los ojos. Sus azules brillaron por un momento.

-¿El embarcadero?

-No, idiota. El barco que tienes delante.

-En se... ¿En serio??

- Esa cara era la que yo quería ver - la verdad es que la boca me colgaba hasta el suelo.

-¿Un barco? ¿Cuando has comprado tú un barco?

-Mm, bueno, es de mi padre. Normalmente desapruebo todo lo que hace, pero con esto ha acertado. Es genial, ¿verdad?

-Ya te digo... - El embarcadero estaba vacío. Sólo el barco, ella y yo. El barco era magnífico, de unos 12 metros de eslora, era todo blanco, excepto por su nombre, dibujado con unas estilizadas letras azules: Summer. Dentro parecía haber un pequeño camarote y afuera había una mesa preparada, con velas y un arreglo floral en el centro.

-Pero, ¿por qué Summer?

-Por mi madre, a ella le gustaban los barcos. Me dijo que algún día me daría uno. Dijo que Summer sería un buen nombre. No sé, lo veo algo nostálgico. Pero me gusta.

-Es genial Mará, gracias por esto - sabía muy bien qué decir a eso. A veces las palabras sobran. Pero ahora ella se reía. Qué persona más increíble era Mará...

-¡Espera a probar la cena! ¡La he hecho yo! -y se metió al pequeño camarote. Y yo sonriendo como un tonto. Pero ¿qué podía hacer? Tenía a la mejor chica del mundo conmigo, porque ¿quién es capaz de tener tanta paciencia como para aguantar mi inseguridad? Sólo ella. Su cara se asoma por la puerta.

-Ni se le ocurra entrar- por supuesto que ni se me ocurriría. Nadie quiere ver enfadada a Mará. Y menos yo. Al poco vuelve a salir con dos platos.

-¡Arroz con bogavante! ¡¡Guau!!.. Pinta delicioso.

-¿Verdad? Mira, abre la boca y dime qué tal está... - No era raro pensar que esos

detalles me hacían sentir genial, ¿verdad?

-Esta delicioso, Mará. No sabía que cocinases tan bien.

-Desde hace mucho pienso que algún día abriré un restaurante aquí en la costa.

-Sí, y después de las clases de surf vendría a probar tus platos, pero gratis...

-Ja,já qué morro...

Creo que era el mejor cumpleaños que podía soñar. Teniéndola a ella cerca, queriendo tenerla aún más cerca y no soltarla nunca. Comimos sin más, hablando, pero ella se iba poniendo más y más nerviosa hasta que soltó:

-Adrián, tengo algo que decirte.

-¿Qué es?

-Sabes que ya acabé el bachiller y todavía estaba buscando a qué universidad ir. He decidido ir a Barcelona. A mi padre le han ofrecido un trabajo importante allí y, bueno, no sé, últimamente no se encuentra muy bien. No le puedo dejar solo.

-¿Por qué me lo dices justo ahora...?

-Por...porque no sabía cómo decírtelo. Perdóname, yo...yo- y de repente empezó a llorar-. Me gustaría quedarme contigo pero mi padre me ha cuidado desde siempre y no puedo dejarle solo.

Me quedé en blanco unos instantes, no supe cómo reaccionar pero luego pensé: ¿Qué podía decirle? Mis labios estaban a punto de gritar y decir ¡No entiendo nada! ¿Por qué...te tienes que ir? ¡Quédate conmigo! Por favor, Mará, no me dejes solo. Si te vas, ya no tengo a nadie. Pero no podía decir eso, ¿qué derecho tenía yo a decirle que abandonara a su padre? Creo que era lo mejor, o eso pensaba.

-Está bien, Mará. No pasa nada. Será un año de nada y luego yo también iré a la universidad. Y estaremos otra vez juntos- le pase los brazos por los hombros, abrazándola. No sabía si podría soltarla. Hasta a esas palabras les costaba salir por mi boca



-¿De verdad? - sus ojos brillaban.

-Claro. Pero no llores.- Y nos quedamos así, sin hablar y sin mirar nada más que el mar, pensando. A veces las palabras son una forma débil de comunicación.

-Dime, Mará, ¿qué es la felicidad?

-Mm, algo cálido, algo con lo que puedas decir: podría estar así cada uno de los días que me quedan.

-¿Algo cálido? Con un chocolate caliente te vale.. .-ella se ríe.

-Sí, es verdad. Eso valdría.

Era tarde y estábamos cansados, pero la besé. Quizás no podría volver a hacerlo en mucho tiempo.

-Adrián?

-Sí?

-Feliz 17 cumpleaños.

Una fuerte sacudida acompañada de un grito me levantó:

-¡Despierta vago!

-Pero ¿qué diablos haces...Lucas? ¿Se puede saber que haces aquí, en mi piso, en mi habitación? ¿Y cómo demonios has entrado? -mierda, no encontraba el despertador, mi cabeza...-. Es igual, lárgate anda.

-¿Así recibes a tu amigo? Feliz 21 cumpleaños, idiota ¿Por qué odias tanto tu cumpleaños? La mayoría está la mar de feliz.

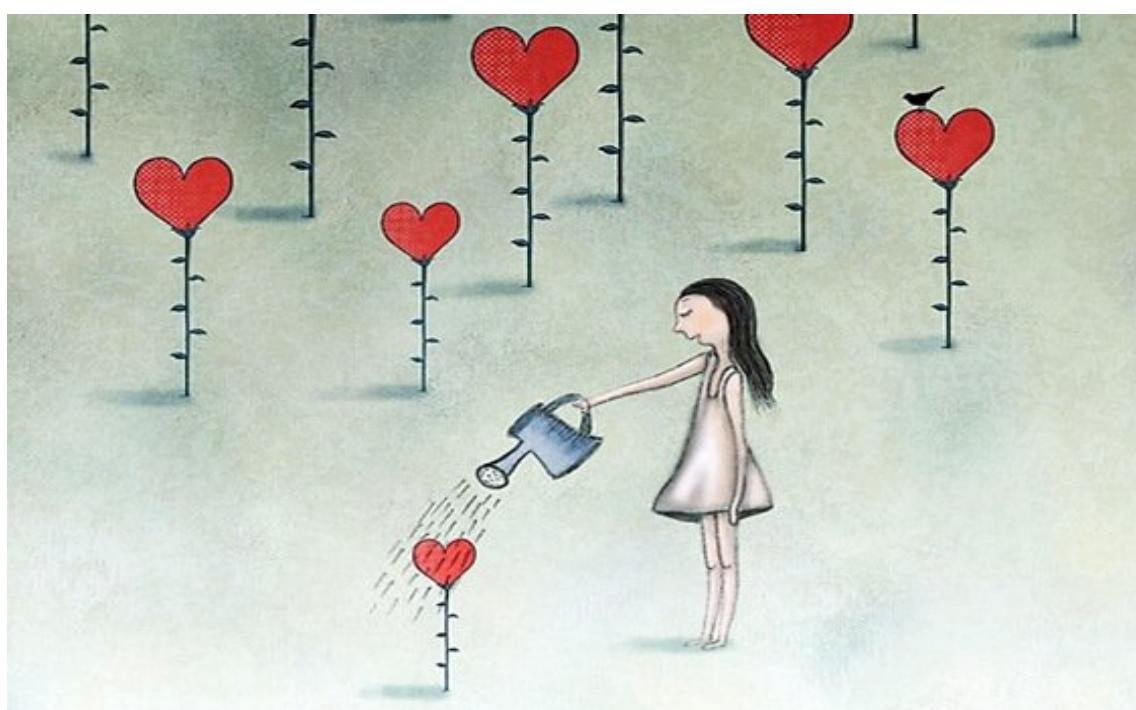
-Sí, por qué será...

-En fin, me he levantado temprano con intención de tocarte las narices pero soy demasiado bueno y, mira, te he cogido tu café favorito, el que preparan en ese bar de la esquina. Qué borde es la camarera, aunque no me extraña, a esa no la debe querer ni su...

-¡Ah! Mira, te agradezco que te hayas preocupado por mí y eso, pero cállate un rato, por favor. Me duele la cabeza...

-Como quieras. Cámbiate y salgamos, quedarse en casa en día de tu cumple es algo triste, ¿no crees?

La puerta chirrió al cerrarse. 28 de agosto, mi cumpleaños. ¡"Qué asco"! No sé por qué, pero me levanté hacia el escritorio, abrí el primer cajón y cogí una brillante pulsera de plata con una pequeñísima rosa azul engarzada.



"- Oye, Mará, ¿éste era el que le gustaba verdad? - ella se cogió muy fuerte a mi brazo.

-¡Sí! Gracias. ¿Tú que crees?, ¿me queda bien? -una pulsera que despedía destellos azules danzaba mientras hacia posturitas. La miré de arriba abajo, vestido azul eléctrico, ojos igual de azules, pelo largo y muy negro hasta casi la cintura, y aquella pulsera con esa rosa azul brillando como un lucero. Preciosa.

-Pues, claro. Estás genial -a estas alturas no me era raro sonreír con todas mis ganas. Ella decía que le gustaba mi sonrisa, y yo sonreía. No tenía sentido desaprovechar lo que me quedaba a su lado para estar enfurruñado.

-Pero mira esto- rebuscó en su bolso y sacó otra pulsera azul-. Para ti.

-¿Para mí?

-Sí, el dependiente fue muy simpático, estuvo rebuscando un buen rato hasta que encontró otra.

-¡Gracias, Mará! -la abracé muy fuerte-. Te portas demasiado bien conmigo.

-No es nada, quería que tú tuvieras otra. Sólo prométeme algo.

-¿El qué?

-No me olvides, Adrián. Yo prometo que no lo haré- qué mirada más intensa tenía, no podía apartar mis ojos-. Cuando mires esa rosa, ¿te acordarás?

-Tonta, claro... y sólo es un año, Mará. Y no veo el cómo podría olvidarte...- Un beso fue su respuesta.- Mará...

-Gracias, Adrián. Tengo mucha hambre, ¿vamos a cenar? Nadie nos espera, ¿verdad?

-No...sólo estamos nosotros. Y bien, ¿adónde quieres ir? Conozco un sitio estupendo.

-¿En serio? A ver, a ver... Las rosas brillaban en nuestras muñecas con un brillo...especial.



Cerré el cajón. Me di la vuelta, pero me lo pensé mejor y volví a coger la pulsera. Después me dejé caer en la cama y con la mano me tapé los ojos ¿Por qué la gente tiene la manía de prometer cosas qué nunca cumplirá? Yo, ya ves, Mará, no te he olvidado, pero ¿por cuánto más me harás esperarte? ¿Qué pasó? Creo que las cosas no iban tan mal. Después de todo, siempre salía al parque que había debajo de mi casa y te llamaba, ¿lo recuerdas? ¿Recuerdas lo que te decía? Si te sientes sola cierra los ojos, si lo haces siempre nos podremos encontrar. Podrías tomar un billete a nuestro pueblecito. Por el camino irías recordando todo, luego bajarías, y en la estación me buscarías. Tomarías entonces tu vieja bicicleta ¿Te acuerdas de ella? A ti te gustaba mucho. Irías a nuestro viejo barrio, y pasarías por delante de la escuela ¿Crees que seguirá igual? Igual que cuando nos conocimos. Allí, en la azotea, con las palmas de las manos extendidas mientras la nieve caía, estabas con los ojos cerrados. Y seguro que te encontraría en la orilla del río. Te encantaba pasear a Lalami por aquella ría tan silenciosa. Era curioso, tan sólo con pedirte que cerrases los ojos parecía que toda esa distancia había desaparecido. Yo...espero que todavía te acuerdes y que algún día me puedas decir qué pasó...



-¡Eh! Adrián, date un poco de vida.

Una vez en la calle me dijo Lucas:

-Oye, ya han pasado casi cuatro años, ¿cuánto más vas a esperarla? - la verdad que él pocas veces se ponía serio.

-Quiero saber qué pasó, nos prometimos muchas cosas.

-Cabezota.

-Después de todo creo que todavía no puedo seguir hacia delante ¿Sabes Lucas? Creo que volveré a mi casa de la costa.

-¿Ahora? ¿Y me dejas aquí tirado?

-Lo siento, prometo...bueno no, pero trataré de recompensártelo-. Creo que no es

bueno prometer cosas. Me fui rápido a la estación. Lucas se quedó mirando cómo me alejaba.

-Espero que te lleves una sorpresa agradable... que ya es hora...

El viaje apenas me llevó dos horas. En la playa, los haces dorados hendían el aire y ondulaban ese polvo de oro. El mar y la arena se incendiaban de rosa y apenas unas pocas gaviotas sobrevolaban su superficie apenas molesta por algunas olas. A lo lejos estaba ese embarcadero. Seguía igual que hace cuatro años. Era normal sentir ramalazos de dolor en el pecho. Creo que no he sabido dejar atrás los recuerdos, y sé que debería dejarlo en eso, en recuerdos. Pero qué miedo tengo de no recordarte cómo lo hago ahora... Al inicio del mismo embarcadero estaba un hueco, allí donde una vez estuvo su barco. Me pregunto qué pasó con él. Sentí la arena húmeda y fresca cuando me senté. Era una sensación algo familiar. Mará, ¿en qué fallamos? No hicimos nada mal, no nos mentimos y luchamos con coraje a pesar de que el camino se ponía muy cuesta arriba. Ojalá pueda volver a verte, que te sientes aquí a mi lado y hablemos sin recores. Habrás pasado malos momentos durante este tiempo, y me hubiera gustado estar a tu lado. Quizás no pude ver más allá de lo que marca lo que está por delante de mí, y no pude ver lo que querías.

A lo lejos, una silueta se camuflaba con el fondo nocturno y estrellado:

- ¿Sabes, Mará? Cuánto desearía que esa figura difusa fueras tú. Cómo desearía que el destino nos volviera a hacer caminar por el mismo camino. Con suaves pendientes y la guía del nácar al fondo. Con las manos bien sujetas...y juntos.

Mikel Forcadell 2º BACH

